

MARLENE VILLATORO : ESTIGMAS

por Iliana Godoy.

*Nada podría ser más grande que la misma
seducción, ni siquiera el orden que la destruye.*

Jean Baudrillard.

A partir de esta sentencia de Baudrillard, podemos postular que la poesía funda su imperio precisamente en su capacidad de seducción: poema que no fascina, no trasciende.

Por más que la crítica pretenda dilucidar la estrategia de esa seducción, el poema conservará intacto su poder signficante, y las lecturas irán sucediéndose sin agotar la veta del asombro. Seducir es mover, conducir hacia otra parte, más allá de la ley establecida; es crear un territorio imprevisible, donde el ritual y el artificio, en el mejor de los sentidos, encuentran su cauce sin fronteras.

Cuando un poeta lee a un poeta amigo, este juego desafiante del sentido se agudiza en tal forma, que resulta imposible, -antipoético, diríamos-, no caer en la tentación que nos induce a descorrer las cortinas más íntimas, y a través del poema sorprender esa trama sutil en cuya red se tejen encuentros y desencuentros, "la hebra del destino" la llamaría Marlene Villatoro, aludiendo a las Parcas. La confesión de esta lectura afectiva, entraña, como siempre, un desafío: para mí, tomar viento y distancia; para el lector, olvidar todo comentario previo, y emprender la lectura como descubrimiento propio.

Espejo del yo, es el árbol" nos dice Marlene en una revelación súbita, que irrumpe en ese Génesis personalísimo desarrollado a lo largo del primer capítulo. Esta unidad panteísta del origen ve roto su equilibrio cuando la pareja pierde su inocencia. En la apoteosis de la seducción, la poeta interroga: *¿Quién elude el instante fermentado / la fruta ofrecida / eterna y desterrada?*

La noción del pecado original recorre el libro, mas al poeta no le interesa dilucidar las culpas, lo que al poeta le importa son los infiernos heredados y los vislumbres del paraíso perdido. El conjuro y el sueño son fuentes del poema: *sin límite la mancha inunda espacios de incontrolable humo*, y solamente el sueño con su *perfil gigante* puede detener la invasión de ese veneno que no elegimos.

Encontramos a lo largo de *Estigmas*, la conciencia ineludible de una contaminación original del ser, cuya adulteración marca al género humano, tal como la señal del primer crimen marcó la frente de Caín: *caminaste zonas infiltradas*, nos dice la autora, y nos recuerda que nunca escribiremos sobre papel en blanco, siempre un ruido de voces se colará *trás puertas que se abrieron*.

El poeta es quien increpa y denuncia este universo contaminado, al oponer su vedad frente al desorden obsceno que nos cicunda al final de este siglo,

cuando fragmentación y oferta sin límites producen tanta basura; en *Estigmas* alienta la crítica social expresada con ira contenida; el tedio burocrático aparece retratado con estrategia minuciosa y las relaciones sociales se contemplan como un teatro del absurdo, donde las soledades permanecen intactas.

La violencia se respira intensamente en los poemas finales: *grande es el odio* ha dicho con certeza Eduardo Lizalde. El odio no tiene causas, su autonomía se funda en su fatal continuidad; las relaciones sadomasoquistas son, al fin y al cabo, el terreno más radical para desplegar la seducción sin límites; el desenlace lógico de estos rituales vendría a ser la muerte, mas la ficción se antepone y gana siempre la apuesta, a fin de que el juego exasperante continúe; y mientras *rebervera el pavor del vapuleo*, la víctima seduce al victimario con esa *timidez funeraria de vencido* que alimenta de nuevo la ira compartida.

Desde el libro anterior: *Gotea la vida*, se venía anunciando en Marlene Villatoro, este tono de fuerza enraizada en el universo femenino, consciente del poder de sus armas ocultas. *Estigmas*, representa sin duda alguna, un avance definitivo en la madurez poética de Marlene Villatoro.

Agradezco a mi amiga la oportunidad de compartir este día memorable.